

Querida Memoria:

Llévame donde me quieras llevar, el trigo será mi orilla, las amapolas serán mi mar.

El castillo de Santa Bárbara parece un buen lugar para descansar, aquí donde el horizonte se funde en el más profundo abrazo, uniendo el cielo y la tierra, apunto estoy de emprender el viaje más largo y con mis sentidos más alerta que nunca. Pero antes de partir te escribo esta carta:

Sentado a orillas del Tajo, alzo la vista haciendo un guiño cegato por el sol y como jugando al esconder busco la sombra que ofrecía la gran torre de Belem, el silencio en sus muros da paz al sueño de Ganda.

Cae la tarde y mañana partiré, atrás dejaré castillos, pedregosas calles y la bohemia mezcla de culturas en el tranvía.

Me despierta el aroma a café recién molido, Mónica hoy se ha apresurado a prepararme el mejor homenaje de despedida, como cada mañana ella pone el punto y sorbo a mí día. Nada mejor para empezar el día, que un café bien cargado, una ojeada al periódico y la cotidiana lucha de gatos en el callejón por un mendrugo de pan, que no discrepa mucho del día a día social.

Reconstruyendo la historia de mis pasos, me voy acercando poco a poco a la frontera, una barquita, el Guadiana y de nuevo me siento en casa. Se hace largo el camino, pero peor hubiese sido venir descalzo.

Más curtido que Curucusí y a menudo con bastantes menos luces, me dirijo a mi nuevo destino, Sevilla, pero primero voy a encontrarme con Huelva, con su gente y con sus calles, testigos de mis primeros pasos, quiero tocar e impregnarme de la brisa de la mañana, perfume del alambique más exquisito. Es mi Huelva por la ría un revoltillo de emociones, donde se hace visible el cante que mana de la madre tierra, donde el *quejío* de la mina pone el compás a la silueta folklórica de Andalucía.

Y cómo no pasear por las tertulias de media mañana, donde lo mismo se habla de política africana, que ves el jugo de uva bailando por bulerías, a ritmo de nudillos sobre un mostrador de madera. Si la suerte acompañaba, aparecía como si nada la magia hecha hombre. El hombre de mirada perdida que hacía hablar a su guitarra, el niño Miguel, atormentado por el clamor de las tabernas, silenciaba la sala para ganar cuatro

perras, acariciando el esqueleto de aquella vieja guitarra, que a veces solo vestía tres cuerdas. Sin duda maestro y revolucionario del flamenco.

Tierra de inspiración, de cantaores, poetas, guitarristas, bailaores, donde desde la z a la a por sus esquinas se puede hacer un recorrido por la Geografía del cante jondo.

He de seguir bajando por la campiña onubense, voy buscando la poca sombra que ofrece el extenso olivar, hasta llegar a la orilla del río Guadiamar. Al frente, vigilante la torre de la iglesia de San Pablo me saluda desde la loma, abriéndose hueco entre los espinos.

Un trozo de muralla aún de pie, hoy una puerta abierta de esperanza, que recuerda que después del fragor de una guerra, todos pierden, nadie gana.

Por el camino me encuentro a viejos vecinos que me acogen entre sus brazos, otros apenas se acuerdan, en mi vida tuve que partir muchas veces, pues ya se sabe, sobre el hombre manda la geografía bastante más que la propia historia.

Por fin llego a las cuadras y aquí a los pies de los caballos, puedo decir que vi menos ratones que gatos.

Francisco, amigo de la infancia, siempre tenía un caballo ensillado para mí. Juntos nos perdíamos por los almendros en flor, entre largas charlas y chascarrillos.

Nos contamos historias de los años en los que no nos habíamos visto, me habló del caso de un doctor que debió llegar para aliviar la vida de los vecinos y que tal vez el pobre se equivocó de camino. Reía mientras me hacía gestos de negación con su cabeza.

Me habló de nuevos vecinos, de la mezcla cultural y de que eso podía engrandecer de nuevo los intereses comerciales de la villa.

Con gran pena me despedí y en menos de lo esperado ya estaba cruzando el río Guadalquivir.

Había quedado con un amigo en las tertulias de la calle Betis. Ahí viene Manuel, parece oriundo de las Indias, canastero de profesión y egipcio de corazón. Gitanito de los guapos, espigado y cantarín, con el que se puede hablar de casi todo, menos de la guardia civil, el verde aceituna le da dolor de cabeza, que alivia cada mañana con tres copitas de anís seco, aunque hay veces que si el dolor persiste, le cae una cuarta copita al despuntar el día, antes de que el gallo del vecino se apresure a despertar al barrio.

Hablamos largo y tendido y me explicó, desde su punto de vista, algunos palos del flamenco, nunca estaba de más aprender cosas nuevas.

Estuve poco tiempo en Sevilla. En mi sino, no hay excusa alguna, quizás llegó el momento de ordenar las flores de la laguna.

Ordenando, ordenando, me encontré con miles de ojos clavados en mi pecho, al menos un centenar de zagales, temblorosos y asustados afrontaban que tenían delante a su profesor de periodismo.

Cuando me vine a dar cuenta, de nuevo había cambiado. Madrid, Madrid, tierra de mi sementera, donde brotaron cuatro flores que el tiempo me permitió ver crecer.

El café y las tertulia en Gran Vía, los desayunos de largas horas y la verdad nunca me acostumbre a sus porras, siempre he sido más de magdalena.

Magdalena es el nombre de la mujer a la que amo.

Como flor de la marisma, que necesita sentirse arropada por el rocío de la mañana. La conocí casi de suerte, si se puede llamar así a llegar al hospital mal herido por el enemigo en medio de la contienda. Ella más que curar mis heridas, pareció haberme embrujado, pues en un cerrar de ojos ya me tenía enamorado y desde entonces nunca jamás volvimos a soltar nuestras manos.

Me despierta muy temprano sonos de cornetín, Córdoba se encuentra en guerra y hasta aquí tuve que venir.

Con dieciséis primaveras tengo que dejar mi tierra, Aznalcázar, me voy, pero volveré para recorrer tus calles, para beber de tus manantiales, para ver el sol ponerse perdido entre pinares. Volveré Aznalcázar, volveré porque siempre he recordado el sitio donde nací.